



bación del Congreso. El senador republicano, Mike Lee, fue de los primeros que se preguntaron cuál era la justificación para el ataque «en ausencia de una declaración de guerra o autorización para el uso de la fuerza militar», aunque poco después añadió que la «acción probablemente está amparada por la autoridad inherente del presidente bajo el Artículo II de la Constitución para proteger al personal estadounidense de un ataque real o inminente». A ese respecto, Rubio señaló que un ataque como el de ayer «no se puede hacer pidiendo permiso al Congreso», a lo que Trump apostilló que sus políticos «tienen costumbre de filtrar información».

No es, ni mucho menos, la primera vez que Estados Unidos propicia de forma directa el derrocamiento de un dirigente. De hecho, muchos señalaron ayer las similitudes del caso de Maduro con otro no muy lejos de Venezuela: el del general Manuel Noriega en Panamá hace 36 años. A pesar de que colaboró con la CIA cuando a Estados

CRÍTICAS

LEGALIDAD

La Casa Blanca no pidió el visto bueno del Congreso porque «posiblemente se habría filtrado»

ORDEN MUNDIAL

La carta fundacional de la ONU prohíbe el uso de la fuerza contra la independencia política

PRECEDENTE

La operación retrotrae a la invasión de Panamá y la detención de Noriega hace 36 años

Unidos le convino, acabó siendo acusado de narcotráfico. La operación para darle caza requirió una mayor movilización que la de ayer, y también se dispararon más balas: 26.000 soldados norteameri-

canos entraron en el país el 20 de diciembre. Noriega se refugió primero en casa de su amante para pasar después a la nunciatura –la embajada del Vaticano– en Panamá. Dirigida por el obispo guipuzcoano José Sebastián Laboa, acogía en aquellos momentos a cuatro etarras. Tras varios días en que las fuerzas estadounidenses pusieron a todo volumen música ‘heavy metal’, Noriega se entregó el 3 de enero de 1990.

Muchos países denuncian que este tipo de operaciones de cambio de régimen se repitan en el siglo XXI. Por eso, ayer tanto Venezuela como Colombia exigieron una reunión de urgencia del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, un organismo inoperante debido al poder de veto con el que cuentan potencias rivales. Cada vez son más –el último ha sido el canciller alemán Friedrich Merz– quienes exigen una reforma integral de la ONU para tratar de preservar un orden mundial surgido tras la Segunda Guerra Mundial y cada vez más amenazado.



Imágenes de incertidumbre en Caracas. EFE

Un guion preocupante

ANÁLISIS
JOSÉ M. DE AREILZA



Si Donald Trump hubiese relatado desde el Despacho Oval el ataque a Venezuela podría haberlo hecho mirando el retrato de William McKinley, colgado en un lugar preferente, como un espejo en el que admirarse. Fue uno de sus presidentes favoritos, partidario de intervenir o anexionar a finales del siglo XIX sin más contemplaciones territorios como Hawaii, Cuba o Puerto Rico. Al magnate neoyorkino le anima una pulsión imperialista semejante, que le ha llevado a flexionar los músculos del poder estadounidense en Gaza, Irán, Ucrania, Nigeria y ahora Venezuela, mientras debilitaba la relación con sus aliados, permitía el ascenso chino y no era capaz de frenar el revanchismo ruso.

Lo preocupante no es el final de Nicolás Maduro, un dictador que ha destrozado su país, sino el método y las formas con las que Trump explica al mundo la intervención estadounidense, un verdadero ‘show televisivo en sus palabras. Saltarse el Derecho Internacional y, posiblemente, varios preceptos constitucionales, tiene consecuencias en un mundo en el que ascienden potencias con valores e intereses contrapuestos a los occidentales y afirman también la ley del más fuerte. La justificación de detener al capo de una organización de narcotraficantes no es suficiente (hace unas semanas Trump indultó al expresidente

de Honduras condenado por tráfico de drogas), y más aún cuando va acompañada de reclamaciones de derechos de explotación del petróleo venezolano a favor de compañías estadounidenses. Parece que no hay más plan que «gestionar el país», sin un límite temporal claro, y permitir a las empresas estadounidenses que hagan negocios mientras Venezuela modifica su rumbo político.

El cambio de régimen pasa por conectar con la legalidad derivada de las últimas elecciones, usurpadas por Maduro y encauzar la transición a la democracia. Pero es necesario una asistencia internacional a la oposición bien planificada y completa, con todos los apoyos para que sea ella que protagonice el tiempo nuevo y evite un conflicto civil. Europa debe cumplir un papel importante, aunque el Gobierno español esté lastrado por su política de cercanía a Maduro.

El anacrónico «corolario Trump a la doctrina Monroe» de la recién publicada Estrategia de Seguridad Nacional debe ser más que un derecho a proteger intereses nacionales difusos de Estados Unidos dentro de los países latinoamericanos para asegurar su primacía en el tablero internacional. Una referencia a poner freno a la influencia cubana, rusa o china en Venezuela ayudaría a comprender la operación y permitiría pasar del matonismo a la geopolítica. Pero Trump, en palabras de Yuval Noah Harari, es débil con los fuertes y fuerte con los débiles y se encuentra cómodo con el crudo realismo de un mundo dividido en esferas de influencia entre dos o tres grandes potencias.

El líder de EE UU está cómodo con el crudo realismo de un mundo dividido en esferas de dos o tres potencias